

Albert Recio Andreu

Desigualdad y autoritarismo ante el cambio tecnológico

Mientras Tanto, marzo de 2026.

Desigualdad

Un sistema económico puede valorarse desde muchos ángulos. La actividad económica es compleja, tiene efectos múltiples, y por esto puede ser analizada desde diversas perspectivas. La forma más convencional es la de medir su crecimiento. Se supone que, cuanto mayor sea la producción, la sociedad tendrá más recursos para satisfacer necesidades. Pero lo que se incluye en el cálculo del PIB son valores monetarios que no siempre expresan productos y bienes sustanciales, que no tienen en cuenta los efectos negativos de esta actividad, que ignoran la aportación social de la producción no mercantil y que no consideran la utilidad social real de lo producido. Si prospera el proyecto armamentístico, puede que en los próximos años tengamos un crecimiento económico basado en producir equipos que no aportan bienestar, que pueden alimentar sueños belicistas y que pueden acabar generando un mal social absoluto.

Una de las cuestiones que ignora la veneración del PIB es la de la distribución de la renta. Dos países con renta per cápita parecida pueden tener diferentes grados de bienestar en función de cómo se distribuye la renta. Una sociedad con un elevado grado de desigualdad sólo garantiza bienestar a una capa reducida de la población. Cuanto más igualitaria es la distribución de la renta, más posibilidades hay de que el bienestar básico alcance a la mayoría de la población. Los trabajos de R. Wilkinson y K. Pickett (*Desigualdad. Un estudio de la (in)felicidad colectiva*, Turner, 2009) pusieron en evidencia la correlación que existe entre el nivel de desigualdad y otros muchos bienes y males sociales. Y la investigación reciente (especialmente los trabajos de Branko Milanovic) sobre la evolución de la desigualdad ha mostrado que ésta ha aumentado en casi todos los países, aunque la desigualdad global se ha reducido por el impacto del crecimiento de China y la India, donde una masa importante de población ha salido de la pobreza extrema. Aunque no sea rico, es un porcentaje elevado de la población mundial que ha escapado de la pobreza extrema. Salvando este caso particular, la desigualdad ha aumentado en casi todos los países y ha dado lugar a la emergencia de una casta de supermillonarios globales.

Existe siempre la tentación de explicar el aumento de las desigualdades como un mero reflejo del cambio tecnológico. Las nuevas tecnologías habrían aumentado la productividad de unas personas y habrían hecho obsoletos los conocimientos profesionales de otras muchas. Los empleos se habrían polarizado entre una minoría bien adiestrada en las nuevas tecnologías y una inmensa mayoría con dificultades de adaptación a las mismas, especialmente en los tradicionales oficios manuales. Esta explicación tecnológica es la más popularizada porque elimina buena parte del debate social sobre las raíces de la desigualdad. La explica por un cambio técnico que es un mero producto del desarrollo humano, inevitable, portador de bienestar generalizado, al que

simplemente hay que adaptarse. A lo sumo, lo que se propone es paliar este desarrollo con una transferencia de renta de los favorecidos a los perdedores mediante un sistema de impuestos progresivos y de transferencias de renta hacia los desfavorecidos (la renta universal sería una de las variantes de este planteamiento).

Hay muchas y buenas razones para aumentar la carga fiscal a los más ricos y para establecer mecanismos que eviten la brutal capacidad de evasión fiscal que practican las grandes empresas y los ricos. Propuestas como el impuesto Zucman o las regulaciones fiscales que defiende Oxfam son esenciales. Pero, más allá de la dificultad de llevarlas a cabo, es difícil que por sí mismas puedan reducir la enorme brecha de desigualdad que se ha generado a lo largo de un período prolongado de reformas y políticas diseñadas a favor de acumulación de riqueza en pocas manos. Es dudoso que las desigualdades de renta puedan explicarse como una mera contrapartida de la baja productividad.

Sectores caracterizados por bajos salarios y baja productividad, como es el caso de las actividades turísticas, generan, junto a empleos mal pagados y jornadas interminables, enormes rentas y ganancias a las empresas del sector y a los propietarios inmobiliarios que intervienen en el mismo (no sólo los que alquilan viviendas turísticas, también los fondos y socimis propietarios de muchos hoteles). Si se mide en su conjunto, la actividad turística genera importantes ingresos, pero una parte sustancial se canaliza hacia los propietarios del capital en lugar de retribuir mejor a la fuerza de trabajo. Y esto ocurre en muchos otros campos, como es el caso de Zara, un grupo empresarial que obtiene elevados márgenes de beneficio que acaban, mayoritariamente, en manos de sus propietarios.

Los salarios, sus desigualdades, son siempre el resultado de un juego institucional en el que tienen un papel importante cuestiones como la negociación colectiva, los sindicatos, los derechos laborales... Esto se hace evidente cuando se estudia al detalle el funcionamiento de situaciones laborales concretas que ponen en evidencia estos hechos: por ejemplo, el impacto que tuvo la reforma laboral de Rajoy para bloquear y fragmentar la negociación colectiva fue clave en generar una deflación salarial. De la misma forma que las leyes migratorias influyen en debilitar las condiciones de trabajo de parte de la población extranjera.

Y es también obvio que en la determinación de las rentas del capital tienen mucha importancia los aspectos institucionales que regulan los derechos de propiedad y la fiscalidad. Por ejemplo, las leyes que regulan las patentes y la propiedad intelectual influyen en la configuración de muchos mercados y en las compras públicas; y la regulación fiscal y el establecimiento de incentivos para los inversores conducen, con nuestro modelo de IRPF, a una regulación diferente de las rentas del capital y del trabajo.

Los cambios tecnológicos influyen sin duda en la configuración de los empleos, en su estructura, hacen obsoletas algunas actividades y aumentan las necesidades de otras. Procesos muy intensos de mecanización pueden generar una fuerte destrucción de empleo, pero el impacto final de un determinado cambio tecnológico es bastante difícil de predecir por la propia complejidad de sus efectos y la estructura social en la que se inserta. Cuando estaba escribiendo mi tesis doctoral, dediqué un cierto tiempo a leer la literatura

económica sobre el impacto de la informática en el empleo. Todos los estudios predecían un hundimiento del empleo administrativo que nunca ocurrió, simplemente porque la informática reducía tiempo en las actividades administrativas convencionales, pero también creaba posibilidades para extenderlas a muchos otros campos. Facilitaba, por ejemplo, la comunicación instantánea, y ahora nos agobia a menudo la cantidad de mensajes a los que tenemos que atender.

Todo lo anterior tiene que ver con un debate actual. El de la distribución de la renta y el impacto de la IA. Aumentan los analistas que hablan de un crecimiento en forma de K: unos pocos aumentan considerablemente sus rentas y muchos las ven disminuidas. Y este aumento de las desigualdades se asocia a la implantación de la nueva tecnología. Aunque hay muchos aspectos críticos de la misma, es dudoso que su impacto, aún limitado, explique un proceso que viene de lejos. En todo caso, puede agravarlo. Hacer frente a la creciente desigualdad debe tener en cuenta también otros muchos factores, desde los ya citados de las políticas fiscales y laborales (que indican que una medida modesta como el aumento del salario mínimo ha tenido en nuestro país un impacto positivo en la reducción de la desigualdad), hasta el papel de la financiarización, del rentismo parasitario, de las redes de externalización, de las políticas migratorias, etc. Y que, lejos de poder ser combatidas con un solo tipo de medidas, requieren de una estrategia comprensiva que incluya, también, la impugnación de los «relatos» e «ideologías» legitimadoras de desigualdades insoportables. Donde sí puede tener impacto la aplicación de los algoritmos es en una aplicación más *fina* de la segmentación laboral que incida en nuevas desigualdades y afecte especialmente a colectivos sistemáticamente discriminados.

Autoritarismo

La desigualdad económica tiene otra cara igual de perversa. La relación de poder inherente a las instituciones que configuran los derechos de la propiedad capitalista incluye una relación autoritaria prefigurada en el propio contrato de trabajo y que, de facto, se extiende al conjunto de la vida social. La empresa capitalista es una organización autoritaria, diseñada para garantizar que la actividad de las personas que participan en ella concentre el esfuerzo en garantizar la rentabilidad y la continuidad del negocio. Una parte de la historia empresarial y laboral bajo el capitalismo ha estado caracterizada por una continua innovación en el control del comportamiento laboral por parte de la dirección de las empresas. Es una historia que en parte ha evolucionado al calor de las luchas y resistencias protagonizadas por la población trabajadora. Y también por la creciente aplicación de conocimientos técnicos y científicos, por un análisis sistemático de la experiencia transmitido por las escuelas de negocios. El control nunca ha sido completo, hay limitaciones técnicas y sociales. La variedad de actividades mercantiles y las diferentes fórmulas de división del trabajo imponen condiciones variadas. Desde siempre, la cuestión crucial ha sido reducir el grado de discrecionalidad que tienen los empleados en su desempeño. Por ello, una de las líneas de control ha sido la de simplificar las tareas, hacerlas predecibles. Es la gran innovación que propició el

taylorismo, que funcionó bastante bien en la industria mecánica, pero no tanto en otros sectores. El propio crecimiento y la complejidad de las estructuras empresariales, la necesidad de coordinar exitosamente la actividad de miles de personas en muchos lugares, reforzaron esta necesidad de control e importantes innovaciones técnicas y organizativas.

La nueva oleada tecnológica de la informática, las telecomunicaciones, la inteligencia artificial y el análisis de datos genera un cambio crucial en esta capacidad de control. Por ejemplo, el GPS —diseñado en parte para que los soldados se muevan en el combate siguiendo órdenes y no tengan que orientarse— permite el control remoto de muchas actividades a distancia que antes era imposible realizar (como el sector transporte). Las empresas están ahora en condiciones de recibir y tratar un flujo de información personalizado que ha facilitado la deslocalización de las cadenas productivas. Y como ya estamos conociendo, esta capacidad de control personalizado se extiende a muchos otros campos, incluida la publicidad, donde el conocimiento de los hábitos de la gente facilita desarrollar campañas diferenciadas según sectores sociales.

Lo que siempre ha prometido la mecanización es reducir la incidencia humana en la producción. Forma parte de un sueño húmedo empresarial en el que se ahorrarían los costes salariales y los trabajadores no tendrían ninguna intervención disruptiva. Es lo que he llamado utopía ingeniero-empresarial (la que ejemplifica la figura de Frederick M. Taylor, un ingeniero hijo de empresarios que despreciaba y temía a la gente trabajadora). Reúne dos modelos autoritarios, el del empresario que quiere ahorrar costes y no consiente que nadie le cuestione, y el del ingeniero convencido de que su diseño es perfecto y que sólo lo puede estropear la impericia o la estupidez de un humano irresponsable.

Que las actuales figuras de la *high tech* sean unos fascistas sociales no es casualidad: representan el prototipo destilado de esta distopía de la técnica y el capital. Piensan que el desarrollo de las nuevas técnicas les permitirá no sólo un control de su fuerza de trabajo, sino del conjunto de la sociedad. Autoritarismo y desigualdad son las dos caras de la misma historia. Hay quien asegura que el capitalismo está en crisis, quizás por la necesidad que tenemos de pensar que esto se acaba. Más bien pienso que estamos ante una nueva oleada de Irracionalidad Real que, como otras veces, puede acabar generando un enorme daño social. Hay que pararlos y evitar que la implantación de su modelo sociotecnocrático acabe generando los daños sociales y ambientales ya palpables. Averiguar cómo hacerlo debería estar entre nuestras prioridades.

P. D. Una pista. En la sugestiva película *Una batalla tras otra*, la única oportunidad de escape del protagonista y su hija pasa por usar un teléfono sin GPS. Cuando la tragedia les acecha, la única posibilidad de respuesta es contar con una nutrida red social de apoyo. O sea que, quizás, más que pensar en cómo usaremos las nuevas tecnologías, lo que nos interesa es averiguar cómo evitar sus efectos perversos.